

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.
PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.
En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestres, adelantados,
FRANCO DE PORTE.
EL NUMERO SUELTO
SE VENDE A
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION
San IGNACIO 17,
á donde se dirigirán
las reclamaciones que
puedan ocurrir por
virtud de los artículos
que se publiquen.
LOS DEMAS
AVISOS Y RECLAMACIONES
pueden dirigirse
A LA
IMP. DEL TIEMPO,
CUBA 71.



LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

CARTA DEL GUAJIRO

Al Sr. Ordenador de la Mesa Revuelta del Siglo.

MUY SR. MIO:

PERCA de mi casa hay unos vericuetos que la gente mal intencionada ha dado en llamar, por burla, camino real, y tanto lo han dicho y lo han repetido que hasta las mismas autoridades han llegado á creer que son (los dichos vericuetos) no como quiera camino, sino nada menos que el camino real del centro como quien no dice nada; y las tales habladurías están dando lugar á que el Sr. Capitan de Partido, creyendo de buena fé que esto es camino, le advierta á uno, de cuando en cuando, que si no limpia y desmocha &c., &c., incurre en la multa de no sé cuántos escudos.

Por aquí no hay memoria de que haya pasado nunca ningun carruage, ni posibilidad de que salga sano el que se atreva á entrar, tales y tan grandes son los pedruscos de que está erizado, tan-

tas y tan escarpadas las pendientes que hay que subir y que bajar. Dicen los viejos, tal vez sea fábula, que aquí fué donde dió el diablo las tres voces; y la verdad es que un paso se llama *Cansa-vacas*, otro el *caracol*, otro el *salto del chivo*, y todos por el mismo tenor tienen nombres apropiados y significativos que bastan para dar idea de cuánto deben parecerse estas asperezas á aquellas otras por donde se camina

de la inmortalidad al alto asiento.

Desde tiempo inmemorial pagamos contribuciones todos los que por aquí vivimos, como las pagaron, antes que nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos, y sin embargo no se ha dado caso desde los dias de las predicaciones del obispo de Chiapa hasta las noches de los brándis en las Tullerías, no se ha dado caso, digo, ni ha habido ejemplar, desde la conquista hasta hoy, de que ni Junta, ni Direccion, ni Municipio, ni nadie absolutamente haya pegado un *mandarriazo* en estos seborucos para hacer transitables los formidables desfiladeros de la Escalera. Por eso creo

que no puede ser camino real, y he hecho esta relacion no para celebrar al municipio, ni á quien no es municipio, sino para explicar á V. el motivo de encontrarme esta mañana, caballero en un borrico, tomando resuello á la mitad de *Cansa-vacas*. Guárdeme V. el secreto no vaya á propalarse la especie, porque ando en ciertas pretensiones de una crucesita, como veo que van haciendo muchos de mis amigos, y dicen que no puede ser caballero cruzado el que cabalga en asnos, ó ha cabalgado.

Como el camino es tan difícil, y yo un poco medroso y mal ginete, no me atrevo á andar á caballo por los riscos, y para cuando emprendo peregrinaciones por ese rumbo, tengo un burrito isleño que trepa como una cabra y que fué anteriormente de un caballero Regidor. Tomábamos, pues, resuello, yo y Valeron, (así se apellida el rucio del Regidor) á media subida de *Cansa-vacas* cuando me alcanzó *Ba-bá* que descendía á la sazón de aquellos peñones y me entregó un paquete. *Ba-bá*, con perdon de V, es un vetusto sacerdote de Baco que recoje tomates cimarrones y corta

leña por estos arrecifes, y si el nombre le parece raro sepa V. que por aquí uno se llama el Cuervo, otro es la Zorrita, otro el Brujo, otro el Mozo, otro el Conejo, otro el Verraco, otro no responde si no le dicen Juro-juro, otro es Pajarito, y ni por un ojo de la cara se encuentra en una legua á la redonda, fuera de la taberna, quien sepa leer y escribir, porque ni el Cabo de ronda conoce la O, lo cual no obsta para que sea muy hombre de bien, y tenga una hermana muy honrada, y amiga mia, que anda por esas breñas con el hacha al hombro y el navajon á la cinta *tumbando* leña y haciendo carbon. ¡Aquí sí que se le helaba de veras la sangre al Sr. Secretario de la Real Sociedad Económica, y aquí sí que vendrian bien unos cuantos..... pero no, aquí no podrian correr á caballo. Y estas Batuecas no vaya V. á figurarse que están muy lejos, no señor, están á nueve leguas de la Habana. Entre paréntesis: por aquí nadie ha visto ningun número del LABRADOR. Si V., que debe tener confianza en la casa, quisiera encargar que nos mandasen unos cuantos, se lo agradeceríamos, porque ya estamos habilitando tierra para las siembras de maiz.

Decia, pues, que me entrego Ba-bá un paquete. Abrilo, y de él saqué entre otras cosas que del pueblo me enviaban, la Serenata del 18 y el Siglo de 28 del mes próximo pasado. En la primera encontré impresa una carta que dias pasados habia escrito yo á un señor Belmonte, y en el segundo un parrafillo de V. referente á la carta susodicha. Ese parrafillo es el motivo de la presente esquela, y vamos al grano, que el laconismo es mi fuerte.

Con que V. me conocia Señor Ordenador de la Mesa Revuelta del Siglo? y sabia que cebo lechones y que embucho longanizas? Me alegro Señor, me alegro, y á mucha honra tengo que le gusten á V. mis morcillas, y que encuentre fuertecito el sazon de las longanizas, lo cual prueba que tiene V. paladar y que sabe á qué mano caen la pimienta y el pimenton. Esas cosas, como que no las hago sino de encargo, porque no tengo tienda abierta, procuro siempre que sean al gusto del marchante, y á las longanizitas de marras hube de cargarlas la mano un poco mas de lo que acostumbro, porque eran para un caballero que se empeñó á todo trance en que habian de ser así. Me resistí cuanto pude, pero tal fué su insistencia que no hubo caso, tuve que sazonarlas como para que le ardiese la boca, y me parece que no debe haber quedado con ganas de volver á buscar tres piés al gato, quiero decir, de volver á empeñarse en comer ajos, sin recordar que pican.

Suponga que me está V. hablando á mí y que viene otro, hospite insalutato, y se interpone y se encara con V.; la emprende el otro con V. y se des-

manda; le suplica V. que se modere, y él persiste en desmandarse; y V. por prudencia ó por cualquier otro motivo, hace un saludo, dá media vuelta y echa á andar. Cree el hombre que le tienen miedo y se pone á gritar: ¡Chiquituelo ya me huiste! y V. sabiendo que no necesita empinarse para tocarle en la coronilla, le pone la mano en el hombro y le dice: Señor Gigante..... pero ¿qué tiene que ver esto con las morcillas y las longanizas?

¿Con qué soy inocente porque me figuro que la Prensa tiene buen fondo? Si V. me conociera bien veria que de cándido paso, y lo soy tanto que un fraile bonachon conozco yo, á quien quiero mucho, que me confirmó con el nombre de Simplicio. *In illo tempore*, esto es, en el tiempo en que aun habia frailes y conventos, cosa que ya pertenece á la arqueologia, traté mucho al Padre Guardian de uno de ellos, excelente sacerdote, que me tomó afición en vista del cariño que yo le profesaba, y cuando su Reverendísima Paternidad se reía de mis candideces me llamaba Hermano Simplicio. Para V. será un escándalo que yo sea amigo de frailes! pero qué hemos de hacer? yo soy un anacronismo andando como decian de un filósofo de la antigüedad, que era una protesta viva.

Al Señor Belmonte tengo que escribir y por él sabrá V. lo que pienso de los tres grandes Diarios; y me sostengo en que la Prensa tiene buen fondo. Y á las órdenes de V. queda este inocente.

X. Y. Z.

SOFISMAS.

La palabra está escrita y así se queda: basta una vez que lo haya dicho el Evangelio: *lo escrito, escrito*. Pero no es menester alarmarse, pues la cosa no vale la pena: quien no gustare de ese vocábulo queda autorizado desde luego para sustituirlo con otro mas de su agrado y, tan amigos como antes.

Ni somos.... Hé aquí el sofisma, que asoma ya las orejas: sofisma en que incurrimos los escritores públicos fingiendo jactanciosamente, á imitación de los papas, los reyes, los obispos y otros prelados, que habla una pluralidad cuando la hace una aislada y seca individualidad. Dicen algunos que esta forma se ha adoptado por deferencia y respeto hácia el *ilustrado público* á quien el escritor se dirige, porque el *Yo*, en letra de molde sobre todo, tiene un no sé qué de pretencioso, de arrogante, de áspero y un tanto de descortés, que repugna y predispone adversamente al noble lector, ó si quier plebeyo, como dice el *autor del único libro*; que así llama á Cervantes un célebre escritor transpirenaico, según apellida Mesonero á los franceses. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el *Nos* en boca de uno solo es un sofisma de marca mayor, que consiste en pretender dar á la *unidad* la autoridad del *número*.

Convenidos en esto, reanudaremos el hilo de nuestro discurso, en mal instante interrumpido, al mismo comenzar á urdir este artículo.

Ni somos, decíamos, y ahora continuamos, gastando la misma forma colectiva que dejamos tachada, ni somos exhumadores de vejeces enterradas bajo el polvo de los siglos, para querer ahora resucitar á Anaxágoras que dijo y pretendió demostrar que la nieve era negra; ni somos arrabiados ergotistas como aquellos estudiantes de Salamanca "que mas parecian energúmenos que filósofos," de que habla el autor de Gil Blas, ya sea ese autor Mr. Le Sage, como él lo hizo creer á sus compatriotas, ya lo sea Don Antonio Solís, como lo sustenta á capa y espada el académico Sr. Llorente; ni ménos pretenderíamos equipararnos con el distinguido publicista Federico Bastiat, tratando de parodiar siquiera sus luminosos *Sofismas Económicos*, y eso al zureir un modesto y fugitivo articulejo de periódico hebdomadario, que no habrá de vivir ni aun el espacio de una semana.

Pero, sabiendo esto último, se nos preguntará: —¿porqué y á qué nos tomamos la molestia de escribir esta rapsodia, ó cosa parecida? Porque nosotros estamos muy léjos de aspirar á la inmortalidad y nos conformamos humildemente con cumplir *nuestra mision*, como ahora se dice; mision que consiste, por una parte, en trabajar, nó para matar el tiempo sino para que el tiempo no nos mate á *nosotros* (y ahora el *nosotros* sí debe tomarse en su acepción mas literal) y por otra, para contribuir con nuestro granito de arena á la obra acometida generosamente por filántropos valerosos que no tan solo nos permiten sino que á mas nos estimulan á asociarnos á ella. Y poco nos importa, de consiguiente, lo efímero de nuestra produccion, con tal que ella contribuya en cualquier proporcion que sea al fin que la *Serenata* ha tomado por norte y por objeto.

Porque tenemos la conviccion de que hasta ahora el periodismo de Cuba, mas que el de otras partes, si se nos perdona la franqueza y si nó, tambien, es un sofisma, si los hay, ya nó de marca mayor, sino de la mayor marca posible. Y no es por la censura prévia, nó, señores, pues dentro de los límites de la censura, sin que por esto se entienda que somos los apologistas de esa institucion, el periodismo podría asumir, si se quisiera, otro carácter mas noble y elevado. Tomemos por medida la prensa periódica diaria de la Habana. ¿Corresponderá por ventura á las necesidades del pais?

El Siglo es un sofisma color de rosa que á ratos tira á punzó. Generoso potro desbocado á veces, á veces se tiende sobre la fresca grama de los cubanos prados, rendido por la fatiga de la desenfrenada carrera.

El Diario de la Marina, órgano oficial del Apostadero, —Sofisma color de tinta, sofisma ala de cuervo: ni es de la marina, ni es del apostadero, ni es órgano: es una sociedad anónima que traficó en papel impreso; periódico que se resuelve en dividendos y nada mas: sofisma neto.

La Prensa de la Habana. Sofisma amarillo, verde, lívido y cárdeno, sucesivamente. La *prensa*, es decir, la idea escrita, fijada, multiplicada, inmortal; la *prensa*, es decir, el símbolo del progreso del espíritu humano; la *prensa*, esto es, la apoteosis de Guttemberg, representada por la *Prensa*, periódico diario, que hace gala de.... todo lo contrario.

La Gaceta. Este diario sí que es un *órgano*,

en toda la estension de la palabra; pero como no pasa de ahí, venimos á parar en que aunque sea un *diario que sale todos los días*, exceptuando los lunes, es diario solo por eso y no debe figurar en las filas de los periódicos propagandistas y militantes, y de consiguiente es otro sofisma, y gordo; pero incoloro é inodoro.

Por ser de nuestra misma *juega*, creemos deber prescindir ahora de nuestros colegas semanales; de lo cual se alegrarán probablemente tanto ellos mismos como nuestros lectores.

En cuanto á Poblacion, Instruccion pública, Comercio, Agricultura, Riqueza general, Reformas y otros efectos de la laya, nos remitimos de buena voluntad en cuanto á pormenores á la *Revista económica de la Isla*, publicada en el número 5 de este periódico, correspondiente al 4 de febrero próximo pasado. Allí está demostrado que en esos ramos de la vida de los pueblos todo en esta bendita tierra es una pura sofistería. Pero agregaremos por nuestra propia cuenta y siguiendo el mismo orden de ideas, que lo que llaman los *yankees*, con su gracia peculiar, *colored poeple*, es el sofisma de la Poblacion; que los escritores públicos en general y los *autores* en particular son el sofisma de la Instruccion pública; que los bancos de crédito (?) en general, el *normal* inclusive, son el sofisma del comercio; que la *refaccion* es el sofisma de la Agricultura; que la usura regularizada demuestra el sofisma de la Riqueza general; que el *proceso verbal*, como llaman los franceses á las averiguaciones sumarias, es el sofisma de las Reformas; y por último, que si el pan es un sofisma de harina, el casabe es un sofisma de yuca, y el tasajo brujo es un sofisma de carne.

El bello sexo femenino de las mujeres hembras, como decia el tío Luna, es otro sofisma, nó siempre gordo, que digamos, pues á veces de puro flaco se quiebra; pero sofisma á todas luces, que para comprobarse apela á la castaña, al albayalde, al colorette, á las dentaduras de Tinker, al corsé, y en fin al malakoff desventurado que es el sofisma de los sofismas. Esto, cuanto á la parte física, pues en cuanto á su modo de ser moral, ese sofisma que se llama coquetería, en todos sus tonos, grados y formas, lo es de consenso universal desde los tiempos pentatéticos hasta nuestros días, desde el Olimpo hasta Escauriza, desde Homero, desde Helena, hasta Breton, cuando pregunta con Quevedo: *quién es ella?*

Y descendiendo de lo grande á lo pequeño—¿qué es la ópera italiana de Grau, con su abono por 24 funciones y su Fórmes, sino un sofisma musical?

Pero ¿qué mucho eso, cuando la misma ciencia, la sagrada ciencia, la medicina, ha llegado á dejarse invulnerar por el sofisma hasta el extremo de que ya no sabemos á qué atenernos ni donde estamos parados? La lista de los especifiquistas, de los vendedores de remedios universales es bien larga, y ahí están las planas de anuncios de todos los diarios del mundo que salen á nuestro abono y no nos dejarán mentir.

En nuestra mano estaria dar á esta especie de revista, que á su turno podrian ponerse sus ribetes de sofistería, toda la extension que nos viniese en talento; y por lo mismo á impulso de nuestro antojo, sin mas peroracion, ponemos aquí punto final.

FLAGEOLET.

COQUETERIA NECIA Y RIDICULA.

Dice una escritora francesa, que á ciertas mujeres les gusta sobremanera aspirar el incienso que se escapa de un corazon joven y ardiente. Sin duda será por esto que vése á mas de un joven inesperto convertido en *incensario* sin sospecharlo, y cuando imagina ser objeto de las preferencias de la mujer á quien lisongea y adula, bajo la influencia de una naciente pasion.

No sé yo á la verdad cómo calificar gusto semejante en el bello sexo, que por lo regular redunde en perjuicio del incauto jovencuelo que sirve de instrumento á esa ansiosa vanidad femenina que degenera casi siempre en coquetería y coquetería punible, para la cual nunca habrá bastante rigor con que condenarla.

Yo he visto innumerables veces á jóvenes coquetas complacerse en dar alicientes á la loca pasion de un joven, de un niño casi, solo por el gusto de aspirar ese *incienso* de que habla la mencionada escritora francesa. Yo las he visto frías é insensibles, fingir agrado y arrastrar al insensato adolescente á los mayores extremos apasionados, y luego un día, hartas y fastidiadas de la diversion aquella, deshacer de repente la ilusion que se forjara su víctima y abandonarla á toda la desesperacion de un desengaño prematuro.

Bueno seria precaver á ciertos jóvenes de elevados sentimientos contra esos seductores halagos de la femenil coquetería, que no tienen otro móvil en la mayor parte de los casos sino satisfacer su vanidad y complacer su gusto. Desespera á la verdad ver á una joven con los suficientes méritos para ser el encanto de cuantos frecuenten su trato, desdeñar esas ventajas legítimas y acudir á medios reprobados con que fascinar y ser motivo á veces de males muy ciertos para el confiado que ceda á su influjo.

¡Coqueta! ¡ser coqueta! esto parece el bien supremo á que creen deber aspirar ciertas jóvenes, y para lograr esa fama y esa reputacion, no hallan nunca bastantes medios de que valerse, tal como si se tratara de todo lo contrario. Pero no debe ocultarse á esas jóvenes locas y extraviadas que su coquetería no suele ser otra cosa generalmente que ridiculez suma á vista de las personas que las rodean, y que solo algun impresionable jovencillo sin experiencia de cosa alguna, puede tomar por lo serio tan reprobado manejo. Bueno es que sepan tambien esas pretendidas coquetas, que este vicio para tener algun medio de deslumbrar ha necesitado siempre del auxilio del talento y de la instruccion; que una joven coqueta sin viveza de imaginacion, sin recursos intelectuales, sin dotes de ninguna clase, no es otra cosa que una niña mal criada que se pone en ridículo.

Innato es en la mujer el deseo de agradar y de esta natural tendencia dimanen sus principales encantos; pero puede satisfacer ese deseo, puede llenar su aspiracion, acudiendo al arsenal de sus gracias, poniendo en juego sus delicados atributos, nunca maleando su índole y profanando su mision. Educándose lo mejor posible, instruyéndose sin cesar, y siendo siempre verdadera mujer, es como lograr puede su mejor triunfo, su victoria mas cierta y duradera.

Pero queriendo ser coqueta, es decir, queriendo ser tonta, ridícula; desdeñando cuanto

bueno posee en sí misma, para vestirse el arreo escandaloso de la mujer coqueta sin alma y sin sentimientos, se atraerá al fin el desprecio de los mismos que un momento la festejen y agasajen.

Entre nosotros se puede decir que se fomenta la coquetería necia y tonta; entre nosotros se malea desde temprano á la mujer, gracias á la influencia perniciosa de esa juventud masculina en su mayor parte tan mal educada, tan ignorante, tan distraída; entre nosotros no hay mas que alabanzas para la que baila bien, para la que viste con lujo, para la que se halla en todas partes brindando sonrisas amables á cuantos se le acercan; para la que *coquetea* en una palabra, de esa manera vulgar á que ya he aludido.

Si se preconiza así como un mérito excelente lo que no es mas que defectuoso extravío, ¿cómo no ha de haber luego jovencitas que *se mueran* por ser coquetas?

Por desgracia esta coquetería que es pura sandez, aunque hace reir de buena gana al hombre que tiene ya alguna práctica del mundo, suele ejercer alguna influencia en el ánimo exaltado de un muchacho enamorado, que fácilmente se delumbra y sin reserva se entrega á los halagos fascinadores de la primera que se los dirige. Entonces es cuando esa coquetería ridícula de suyo, toma todo el aspecto de un peligro trascendental para el pobre muchacho que sufre sus consecuencias. Entonces ese juego tonto en que entran sin escrúpulo ciertas jóvenes, guiadas por su pueril vanidad y su carencia de cultura, se convierte para el que lo sigue formalmente en funesto atractivo difícil de conjurar. Y como por una fatalidad inexplicable estas pasiones absurdas sin fundamento plausible, son siempre las mas tenaces y las que mas arraigo toman, de aquí mil lamentables ocurrencias, mil desgracias, mil víctimas precoces de esa coquetería, en que tanto se complacen determinadas jóvenes.

Nada hay mas hacedero que despertar amoroso entusiasmo en el ánimo predispuesto de un muchacho de pocos años, fomentando su esperanza y fingiéndole amor. El hombre á esa edad no cree en otra cosa. Horrible finjimiento y diversion inicua la de una joven que prevaleciendo de sus naturales hechizos, siembra esa esperanza en el alma temprana que se confía á ella para obtener solo perfidia y traicion. La que así se conduce, la que así abusa de sus prerrogativas para lanzar á la desdicha á un joven sin recelo y sin desconfianza, debe atraerse la reprobacion general. Digna de toda conmiseracion es la muger cuando se ve impulsada por su corazon; cuando cediendo á un afecto profundo contribuye á la desgracia del hombre.

Pero la que con hipócrita audacia simula ese sentimiento y aparenta ese ardor para satisfacer únicamente un deseo vanidoso é injustificable, esa no merece el título de muger, pues solo será una vil criatura indigna del aprecio de nadie.

GENARO ABEL.

ATAQUE Y DEFENSA.

Hay manías irritantes que no sabe uno cómo puedan arraigarse, teniendo por opositores nada ménos que á los decididos amantes del bello sexo, que son á quienes afecta mas directamente.

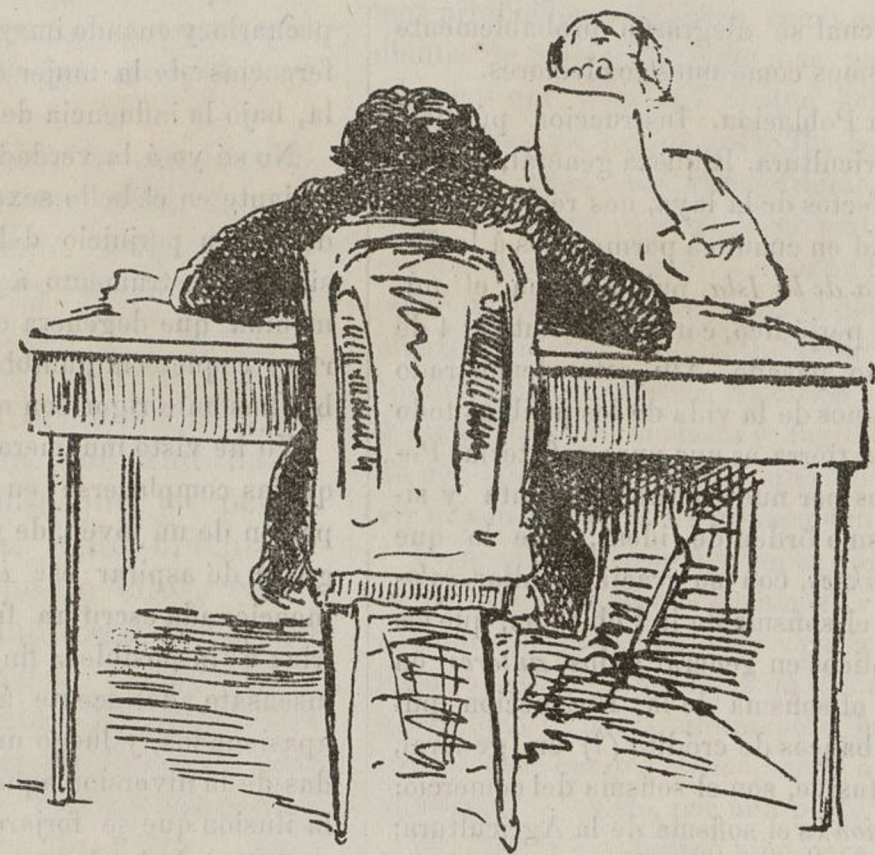
CARRERAS PUBLICAS.

DIVERSAS SITUACIONES DEL EMPLEADO.



1ª

Entra á servir de meritorio.



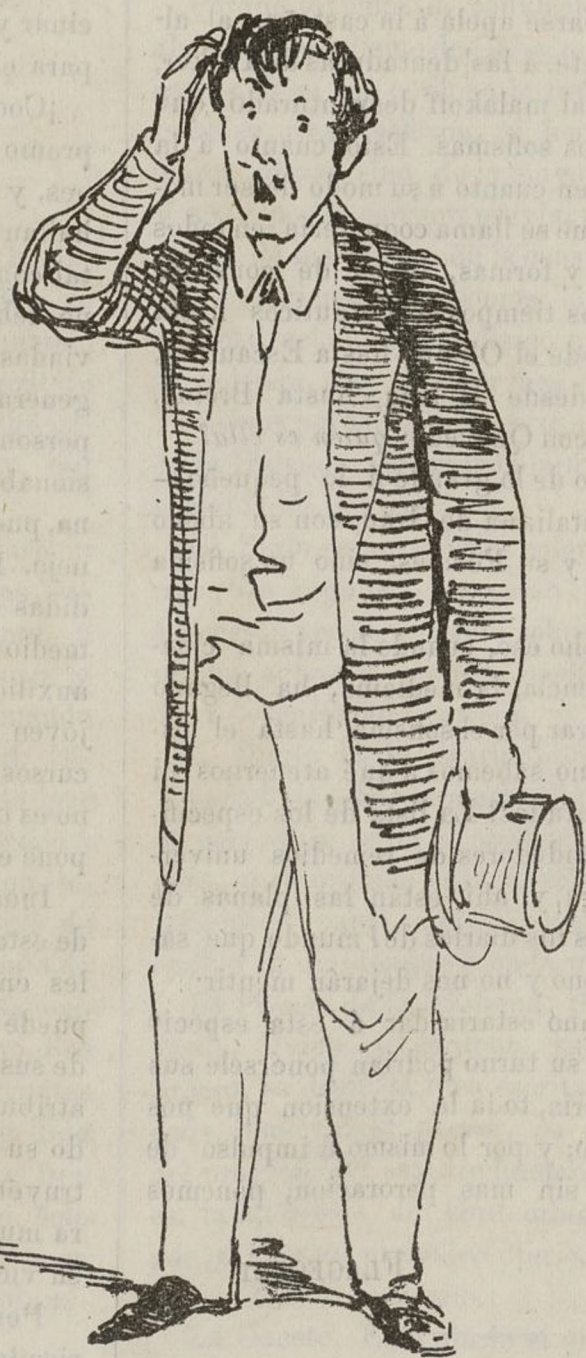
2ª

Trabaja asiduamente durante 10 años con el Gefe de la Seccion.



3ª

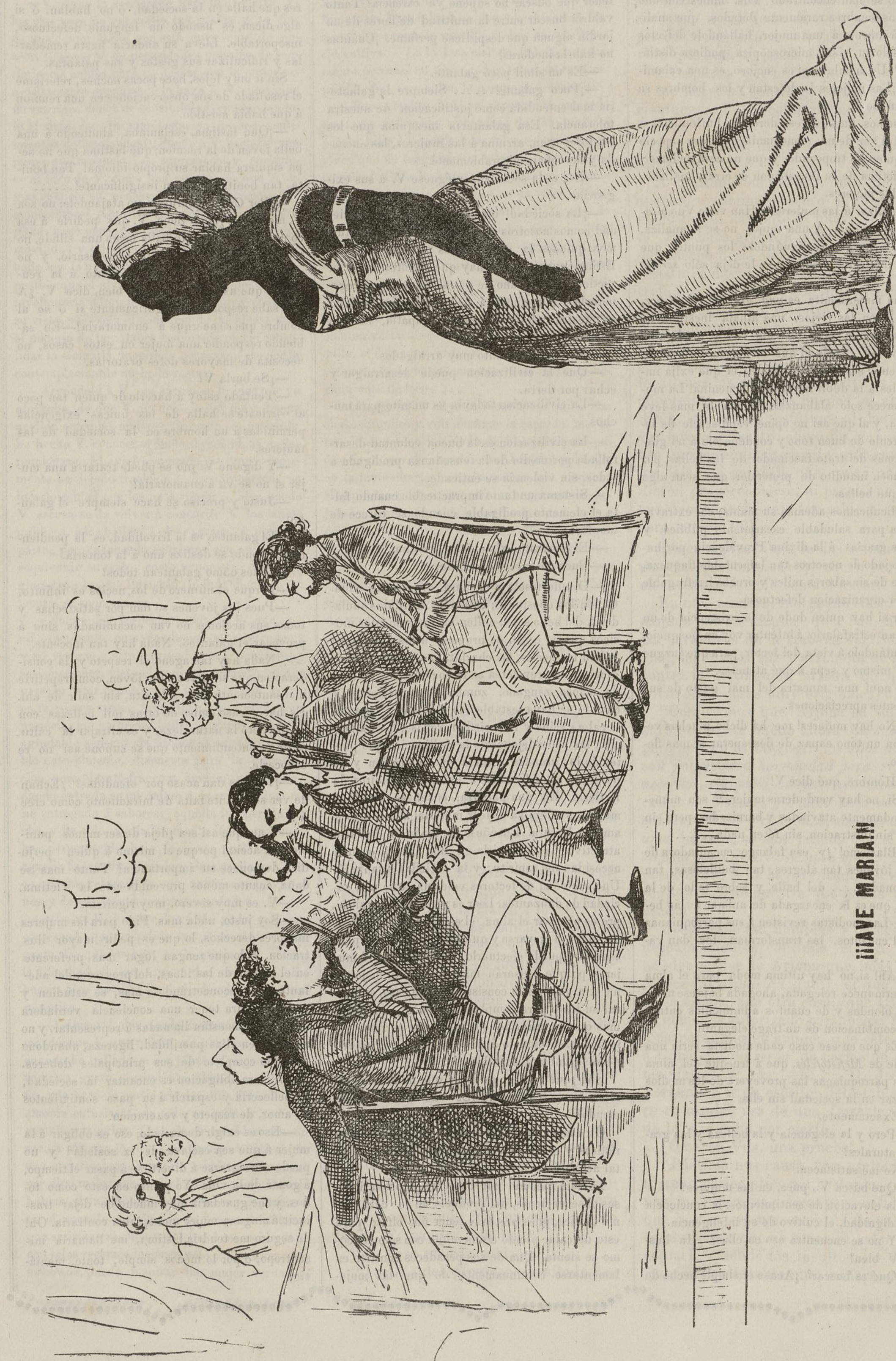
Y cuando cree subir el escalafon,



4ª

Se le declara CESANTE.

MUSICA CLASICA.



III^{AVE} MARIAM

La Gazzaniga pintada por Meyerbeer.

¿No se han encontrado Vds. nunca con uno de esos hombres raramente dotados, que analizan friamente á una mujer, hallándole defectos que solo su vista microscópica pudiera distinguir? Un hombre así es enojoso, es una calamidad. Las mujeres lo detestan y los hombres se burlan de él.

Usemos, pues, de ese derecho, burlémonos á nuestra vez de un monomaniaco de esa especie con quien he tropezado, y que no cesa de hacerme víctima de su funesto don de errar, analizando á las mujeres.

¿Analizar á las mujeres! ¿Han visto Vds. osadía semejante?—A una mujer no se le analiza, no se le hurga, averiguándole los puntos que calza intelectualmente y se le deja solo *ser bonita*.

Una mujer bonita es una gracia del Señor, como dicen las viejas, una alhaja inestimable, una maravilla mas en esta tierra pródiga de maravillas. ¡Atrás el que se atreva á ver manchas en el sol de la hermosura, el que exija imposibles á la débil naturaleza femenina! La mujer merece solo alabanzas, nunca la mas leve crítica, y al que así no opine, espúlesele de todo círculo de buen tono y condénesele á no gustar jamás del trato fascinador de las bellas, por el crimen inaudito de pretender que sean algo mas que bellas.

Ridiculicemos ademas su manía, su extravagancia para saludable escarmiento público, y demos gracias á la divina Proveencia por haber alejado de nosotros tan lamentable flaqueza, fuente de sinsabores miles y prueba irrefragable de una organizacion defectuosa.

Por si hay quien dude de la existencia de un ente tan estafalario, á intentar voy su bosquejo, presentándolo á vista del lector, para que juzgue por sí mismo y sepa á qué atenerse.

He aquí una muestra del mal gusto de sus frecuentes apreciaciones.

—¡No hay mujeres! me ha dicho muchas veces con un tono capaz de desesperar al mas fleumático.

—¡Hombre, qué dice V!

—Sí, no hay verdaderas mujeres: son muñecas lindamente ataviadas y barnizadas; pero sin alma, sin ilustracion, sin fé en nada.....

—¡Blasfemo! ¡y esa falange encantadora de bellas jóvenes tan alegres, tan bulliciosas, tan apasionadas.... del baile, y sobre todo de la moda, que es la encargada de animar á las bellas!—Las modistas revisten á sus parroquianas de mil encantos, las transforman, las dan valor.....

—¡Ah! sí, no hay última moda para el alma que permanece relegada, ahogada bajo ese mundo de blondas y de cuantos adminículos entran en la combinacion de un traje elegante.

—Es que en ese caso cada modista seria una especie de *Mefistófeles*, que á trueque del alma de sus parroquianas las proveyera de los medios de gozar en la sociedad sin ella.

—Exactamente.

—¡Pero y la elegancia y la belleza y las gracias naturales?

—No me satisfacen.

—¿Qué busca V., pues, en las mujeres?

—La elevacion de sentimientos, la conciencia de su dignidad, el cultivo de su inteligencia.

—¿Y no se encuentra eso en ellas? ¡Ha buscado V. bien?

—¿Qué es buscar? ¡Acaso el simple hecho de

tener que buscar no supone ya carencia? Tanto valdria buscar entre la multitud de flores de un jardín alguna que despidiese perfume. ¡Cuántas no habria inodoras!

—Es un simil poco galante.

—¡Poco galante!..... Siempre la galantería mal entendida como justificacion de nuestra tolerancia. Esa galantería mezquina que los hombres usan, arruina á las mujeres, las anonada y las rebaja miserablemente.

—Esa es la sociedad: pléguese V. á sus exigencias.

—¡La sociedad! otro lugar comun. La sociedad somos nosotros mismos quienes la prostituimos, quienes la perturbamos y no es ninguna Esfinge cuyo enigma hay que descifrar ó ser su víctima.—Cada uno de por sí se resiste á regenerarla y ella continúa pervertida. La *sociedad* es nuestra indolencia, nuestra apatía, nuestra ignorancia.

—Males por lo tanto muy arraigados.

—Que la civilizacion puede desarraigar y echar por tierra.

—La civilizacion todavia es un mito para muchos.

—La civilizacion es la buena voluntad desarrollada por medio de la enseñanza prodigada á todos, sin violencia se entiende.

—Sistema un tanto impracticable cuando falta el elemento prodigable, cuando se carece de mentores.

—El elemento existe, falta el estímulo.

—Pues entonces todo falta.

—Despiértese y él dará señales de vida. Callen los opositores; callen los aturdidos aduladores del bello sexo; callen los instrumentos músicos que no cesan de provocar á los danzantes; callen los necios, los charlatanes, tanto ente ridículo como revolotea en la sociedad. á manera de ocioso zángano, zumbando torpemente; y cuando se haya restablecido el silencio, cuando la calma reine y la sociedad repose, podrá percibir las voces lejanas de la civilizacion que parten de los grandes centros de ilustracion y de progreso, estendiéndose á todos los ámbitos de la tierra. En una palabra: enséñese á todo el mundo, no digo ya á leer materialmente, sino á amar la lectura. Enséñese el modo de hallarle atractivo, de convertirla en una aficion, en una necesidad del espíritu, y la sociedad avanzará. Una sociedad de lectores vale mas que una sociedad de danzantes. Leer es pensar; bailar siempre es pisotear el alma, el espíritu, que tiende á ascender, á elevarse y que solo en alas del pensamiento puede efectuarlo. Entonces habrá mujeres, porque pensarán mas y sentirán mejor, y nuestra galantería consistirá en ese caso, en buscar su trato para complacernos en él, en oirlas mas que en mirarlas, en aspirar el perfume de la flor, prefiriéndolo á la contemplacion estéril de sus cambiantes matices."

Eh! ¿qué tal? ¡no os decia que mi hombre estaba loco, rematado? ¡Se van Vds. convenciendo?

Otra muestra de sus muchas rarezas características y el convencimiento de su extravío mental acabará de entrar en vuestro ánimo.

Le dá á menudo por hacerme depositario de sus observaciones, del producto de su caza, como él dice, pues pretende tener fino olfato para esto de calar pronto á una mujer con solo ver cómo se sienta. Una de sus pesadeces consiste en lamentarse continuamente de que las muje-

res que halla en la sociedad, ó no hablan, ó si algo dicen, es usando un lenguaje defectuoso, insoportable. Lleva su audacia hasta remedarlas y ridiculizar sus gestos y sus palabras.

Sin ir muy léjos, hace pocas noches, referíame el resultado de sus observaciones en una reunion á que habia asistido.

—¡Qué lástima, exclamaba, aludiendo á una bella joven de la reunion; qué lástima que no sepa siquiera hablar su propio idioma! Tan bonita, tan bonita, pero tan insignificante!.....

—¡Por Cristo! prorumpí yo atajándole; no sea V. majadero! ¿Qué tiene V. que pedirle á esa completa beldad? ¿No baila como una sílfide, no toca el piano medianamente, lo necesario, y no sirve con su linda cara de ornamento á la reunion á que asiste?—No habla bien, dice V. ¿A que sabe responder categóricamente *sí* ó *no* al hombre que se acerca á enamorarla?—En sabiendo responder una mujer en estos casos, no necesita de mayores dotes oratorias.

—¿Se burla V?

—Tentado estoy á hacerlo de quien tan poco al corriente se halla de las únicas exigencias permitidas á un hombre en la sociedad de las mujeres.

—Y dígame V. ¿no se puede tratar á una mujer si no se vá á enamorarla?

—Justo y preciso se hace siempre el galanteo.

—El galanteo es la frivolidad, es la pendiente por donde se desliza uno á la tontería.

—¿Pues cómo galantean todos?

—Porque el número de los necios es infinito.

—Pues las jóvenes se dan por satisfechas y todas sus acciones no van encaminadas sino á provocar el galanteo. Nada hay tan inocente.

—Nada hay tan ageno al respeto y la consideracion que se merece una joven, como repetirle incesantemente que es bonita, sin salir de ahí. Es hacer caso omiso de otras mil bellezas con que la dotó la naturaleza, y es ultrajar la cultura de su entendimiento que se supone así no re conocerle.

—¿Pero se dan acaso por ofendidas? ¿Echan de ver semejante falta de miramiento como cree V?

—Y aunque así sea ¿deja de ser ménos punible una accion porque el mismo á quien perjudica desconoce su importancia? Tanto mas se daña, cuanto ménos prevenida está la víctima.

—V. es muy severo, muy rigorista.

—Soy justo, nada mas. Pido para las mujeres mayores derechos, lo que es pedir mayor ilustracion. Pido que tengan lugar mas preferente en el mundo de las ideas, del progreso, del adelanto. Que reconcentrándose mas, se estudien y conozcan para tener una conciencia verdadera del papel que están llamadas á representar, y no sea todo en ellas puerilidad, ligereza, abandono y olvido completo de sus principales deberes. Su primera obligacion es encantar la sociedad, embellecerla y esparcir á su paso sentimientos de amor, de respeto y veneracion.

—Eso es exigir demasiado; eso es obligar á la mujer á que sea esclava de la sociedad y no pueda consagrarse á divertirse á pasar el tiempo, á gozar de la vida. Yo pienso en esto como todos, y me guardaria muy mucho de dejar traslucir á ninguna mujer una opinion contraria. Oh! de seguro me tendria lástima, me llamaria misántropo, ó por lo ménos simple, tonto, maniático.

—V. sigue la corriente y hace mal; cierra V. los ojos para no ver males tan graves y se finge una conformidad que está muy lejos de poseer. ¿Carece V. de necesidades morales, de sentimientos nobles para no desear que la mujer esquisitamente organizada lo haga á V., participe de sus ricos dones de sensibilidad, conmoviéndole el alma con la manifestación de sus sentimientos delicadísimo? ¿Puede á V. bastarle una mujer que renuncia á su supremacía y enmudece al lado de V. como una estatua, ó que á lo mas enuncia su pensamiento con entrecortados monosílabos? ¿Qué es una mujer que no habla? ¿Qué hace pensar al que la contempla en tal inmovilidad y tal silencio? Imposible que la mas bella nos lo parezca entonces mucho tiempo; imposible que el alma se asocie por completo á la involuntaria admiración que nos haya causado su vista; pues solo el comercio de las ideas, solo el poderío de la palabra insinuante puede consolidar la simpatía, inspirada primeramente por la contemplación de un bello rostro.

—Oyéndole á V. me afirmo en la idea que ya abrigaba, de que V. no debe hallar muy buena acogida entre las mujeres. Si como es probable, ha hecho V. conocer el fondo de sus ideas en las reuniones que haya frecuentado; si imprudentemente ha dejado traslucir su desaprobación, su inconformidad con los usos vigentes, bien puede V. excusarse de volver á concurrir á los sitios públicos, á los bailes, á los saraos, á ninguna parte, porque todos lo señalarán con el dedo y esquivarán su trato, como temeroso, de contagiarse con lo que llamarán indudablemente su locura, su monomanía.

—No, no debo sospechar nada de lo que por mí pasa; oculto cuidadosamente mi repugnancia y me resigno á estar privado de tan naturales satisfacciones, visto el general concierto en que parecen estar cuantos allí veo. Algunas veces, en rarísimos casos, la fortuna, mostrándose propicia, me ha hecho hallar alguna jóven de agradable aspecto, de fisonomía expresiva, amable naturalmente, dispuesta para la conversacion, para el trato franco y ameno; y entonces, dando entrada en mi ánimo á la satisfacción, me he entregado á saborear aquella inesperada dicha, y he sido verdaderamente feliz, mientras he permanecido bajo la grata influencia de aquella fisonomía animada y de aquella voz dulce que me resarcía de mis anteriores privaciones y de mis frecuentes contrariedades.

—¿Lo ve V., hombre, lo ve V.! ya lo tenemos confesando que ha solido encontrar algo de su gusto. De que las hay, no le quede á V. duda; la dificultad, el tino, está en dar con ellas. En buscar bien estriba el resultado de cualquiera pesquisa.

—Déjeme V. dar rienda suelta á mi entusiasmo; déjeme V. que refiera mi alegría, mi gozo, cuando he hallado en esa jóven inteligencia, instrucción, gusto, sentimiento, alma y corazón en fin, y la he visto partidaria decidida del talento y amante entusiasta de todo lo bello y todo lo grande y superior. ¡Qué placer entablar conversacion con una jóven semejante y hallar al fin una mujer capaz de sentir admiración y gusto por algo mejor que la moda y el baile! ¡Dejarla hablar, oír la raciocinar con acierto y experimentar el encanto seductor de su lenguaje animado que satisface al alma y deleita el corazón! —Solo con tales recomendaciones, solo con estas gracias naturales, puede inspirar una mujer verdadera

y sólida estimación. Ellas no tienen lazo mas firme para ligar á los hombres y hechizarlos, como el de su corazón sensible y el de su inteligencia cultivada. La belleza aislada, la belleza puramente personal no tiene poderío sino sobre el capricho efímero y sobre la pasajera sensación.

—Pero hombre de Dios! suponiendo que todo eso fuera razonable, tratándose de las mujeres ¿cómo hace V. comprender tales especies á una jóven que no tenga algun talento, alguna instrucción? ¿Crée V. que sea fácil hablar muchas mujeres de talento, donde no se dá alas al desarrollo de las facultades mentales? Y cuando en términos generales se ha dicho que no hay sentido mas raro que el sentido común, nos viene V. á proponer principios para cuya adopción sería preciso algun desarrollo intelectual que nadie se cuida de reconocer necesario para el uso común de la vida? Vamos, V. delira y haría bien en variar de propósito, si quiere vivir tranquilo, si desea que nadie se burle de sus manías y teme que lo hagan encerrar á la larga en alguna casa de locos...

Al llegar aquí, mi interlocutor me miró con cierto asombro y volviéndome la espalda, me libró de su presencia. Yo lo dejé alejarse, no pudiendo menos de experimentar hacia el pobre loco la involuntaria conmiseración que inspiran siempre las gentes, que con un buen natural, déjanse extraviar por las ideas disolventes que recojen en sus libros, y las que tratan de propagar luego en una sociedad tan morigerada, tan instruida y tan adelantada como la nuestra por ejemplo, capaz de realizar con el orden establecido, los mas grandes proyectos de bienestar y de verdadera felicidad.

GENARO ABEL.

UN FLAMANTE PERIODISTA Y SU ACOLITO.

La villa de Cienfuegos está de enhorabuena, gozando de las delicias de las farsas carnavalescas en plena cuaresma.

Nos explicaremos.

El director de *El Telégrafo*, diario de aquella villa, tuvo que hacer últimamente un viaje á la Habana lo cual dejaba huérfano á su periódico. Pero quiso su buena estrella que en aquellas críticas circunstancias se encontrara de paso en Cienfuegos Don José E. Fernandez, escritor que nadie conoce y ex-director del *Gavilan*, lo que no es un grano de anís.

Eureka! exclamó lleno de gozo el director de *El Telégrafo*. He aquí el hombre que necesito! ¡Qué diantre! El ex-director del *Gavilan* bien puede dirigir interinamente *El Telégrafo*, y sin decir oste ni moste le dió el espaldarazo de caballero, y lo armó de periodista militante, anunciando la noticia en un editorial que no tenemos á la vista, pero que fué contestado debidamente con otro del Sr. Fernandez que decia:

“De paso en esta población.....

“Amante del progreso, invitado por

el Sr. D. Luis Martinez Casado, para que me haga cargo de la dirección de este periódico durante su ausencia de esta villa que será de pocos dias.

“Aceptada por mí la invitación que se me hace, no contraigo con el público cienfueguero otro compromiso que el literario.”

¿Qué querrá decir esto?—Ahora lo sabremos.

A continuación de esta introducción aparece un artículo sobre el juego firmado por el flamante y nuevo periodista. Hacemos gracia á nuestros lectores del cuerpo de la obra, pero no podemos resistir al deseo de transcribir esta apóstrofe á los gobiernos con que termina el articulista su obra maestra. Dice así:

“¡Gobiernos del mundo civilizado *perseguir* sin descanso á los jugadores: ellos son la maldad personificada; y sean cuales fueren las medidas coercitivas que adopteis al efecto, los buenos os aplaudirán, levantarán estatuas al lado de sus lares en vuestro obsequio, ya que de ese modo eminentemente gubernativo les dais una garantía que quizá no pudieron proporcionarse, ni para sí ni para sus dependencias, sin tan sabia y previosora medida!!!!”

Téngase presente que las admiraciones con que empieza y concluye este elocuente apóstrofe son del autor.

En otro número, indignado el Sr. Fernandez por los elogios que han hecho los periódicos de la Habana del Sr. Arjona, levanta la voz y arremete de lleno contra el distinguido artista de quien entre otras cosas muy originales dice:

“Confesamos que Arjona ha sido un barba bastante bueno ahora diez años; pero hoy no es tal cosa: *los años no pasan por nuestra humanidad para rejuvenecernos, sino para envejecernos; esas cincuenta ó cincuenta y cuatro veces de trescientos sesenta y cinco dias, sin contar los años bisiestos, no han pasado por el Sr. Arjona para dejarlo siempre igual*. Ni él posee el elixir de la juventud; y si lo posee su físico demuestra que jamás lo ha usado.”

Después de tan notables y peregrinos descubrimientos continúa el Sr. Fernandez y dice de Arjona que, mas bien parece un *requilete* (¿qué?) el que está en la escena que otra cosa; que Cañete es el ménos autorizado para juzgar á Arjona porque es su amigo; que este vino á Cuba con un *seron* de cartas de recomendación &c., &c.—El Sr. D. José E. Fernandez es un escritor detestable, pero en cambio usa de una fraseología no de lo mas culta por cierto.

¿Quieren Vds. una prueba?

“Lástima nos causa ver asaltado el terreno periodístico por bastardas pasiones, por *rastreras* y *bajas* personalidades que lo convierten en un b...” (la palabra es tan fuerte que no tenemos valor para copiarla) “donde los insultos, los dictorios, se prodigan de una manera escan-

dalosa &c., &c.”—Lo mas cómico es que á renglon seguido pone como ropa de pascua al *Fanal* de Puerto-Príncipe al que apostrofa diciéndole que “quién le ha autorizado á permitir la publicacion de esa vergüenza del periodismo.”

Ay! Fernandez de mi alma y que infumable eres! para usar de tu lenguaje. Sigue y suma.

En otro número del bienaventurado *Telégrafo* aparece un editorialito en que el flamante periodista dice lo que sigue:

“Causas ajenas á nuestra voluntad no nos permiten publicar el artículo de fondo que teníamos destinado para hoy; pero en cambio daremos el de un amigo nuestro bastante conocido en la república de las letras, que modestamente se oculta con el seudónimo “El Halcon.”

E inserta para delicia é instruccion del público cienfueguero un extenso artículo titulado *Inconsecuencias*, bueno para un periódico jocoso pero que como editorial de un diario no nos parece lo mas á propósito. Verdad es que el tal artículo vió la luz en el *Gavilan* y Fernandez tiene un aficion tan decidida por el semanario de que fué director, que *velis nolis* tuvo el público cienfueguero que soportar los artículos, poesías, cuentecillos, logogrifos, charadas etc. publicadas en el *Gavilan* y reproducidas en el *Telégrafo* para formar el gusto literario de los ciudadanos del Damují.

En fin, para concluir de una vez con la historia de la dirección interina del novel periodista, transcribiremos el final de unos párrafos dedicados á dar cuenta de una obra del Sr. Zambrana titulada *La bóveda celeste*, libro que no sabemos por qué razon dice el Sr. D. José E. Fernandez que “será el consuelo de nuestra juventud.”—He aquí el final á que aludimos:

“Escrito lo que antecede, por la simpática Felicia, será preciso mas recomendacion para el nuevo libro de Zambrana, entre nosotros, sus hermanos por nuestra madre la patria sus hijos por la enorme deuda de la enseñanza.”

Despues de leer este logogrifo, ¿quién negará lo divertidos que han estado los suscritores de *El Telégrafo*?—No sabemos si á estas horas sigue dirigiéndolo el S. D. José E. Fernandez; pero sí podemos decir que su interina direccion será memorable en los fastos del periodismo del interior de la isla, aunque no fuera mas que porque al dar cuenta del suicidio de una persona, dijo el ínclito periodista “que D. A..... R..... (el nombre aparece con todas sus letras) acaba de poner fin á su existencia, echándose al embrollo con una sogá.”—Esto es horrible tratándose de un hecho de esa naturaleza

Francamente,—entre estar condenado á leer un periódico dirigido por Fernandez y echarse al embrollo con una sogá como atrocemente dijo el mismo Señor,—¿quién no optará por lo último?

* *

Puesto que ya hemos dado á conocer al flamante periodista de Cienfuegos, réstanos ahora decir dos palabras del acólito. Pues bien, para evitar preámbulos diremos que el acólito á que aludimos no es otro que un escritor de la *Antilla* de Güines que se oculta bajo el seudónimo de *El Cautivo*, que es de lo malo, lo peor; sea dicho sin ánimo de ofender.

Ay! *Cautivo* de mis pecados! ¿de dónde diantres has salido? Bien dijo aquel que dijo que no debía haber mas periódico que *La Gaceta*! ¡Pobres periódicos del interior!—Este *cautivo* es el sosten, el mas firme apoyo, el personaje indispensable de la *Antilla* de Güines, que á la verdad se merece otra cosa mejor. ¡Cuán digno de compasion es Güines!

El tal *cautivo* priva de folletinista, de gacetillero y de que sé yo cuantas cosas mas. Es lo cierto que calamidad mayor no le pudo caer á la villa del Mayabeque. ¡Con decirles á Vds. que entre él y el director interino del *Telégrafo* me quedo sin los dos!

Qué estilo! Dios de Israel! ¡Cuánta insulsez! qué série de logogrifos arrevesados en sus folletines escritos sin duda en mandinga! Si no fuera porque el autor dice que está cautivo creeríamos que reside en Mauritania y ha perdido por ende, como dice el *Diario de la Marina*, el uso del idioma de Cervantes, (estilo vulgar) y escribe desde allí sus esperpentos incalificables.

No queremos que se nos crea bajo palabra. Hé aquí un trozo de uno de sus artículos que damos para edificacion de los lectores:

“Es la negrita una dama en funcion de aficionado, que muy bien desempeña su papel ahora pues adivinadme quien es, mas señas no puedo dar, porque la que el regalo me hizo de pluma, papel y tinta nada ha querido exigirme y yo no estoy obligado á descubrir un secreto, pues temo que esa negrita amante pueda tener y entonces que compromiso para el pobre que en su prision carezca de... su albedrío y hasta de..... una compañera que. divida con él las glorias.....”

Que me fusilen si entiendo una jota.

¿Quosque tandem abutere, periódicos del interior, de la paciencia del público lector? ¿Cuándo os ocupareis de los asuntos de interes local?—Cuándo, salvo honrosas escepciones, cesareis de ser el ludibrio de las personas sensatas?—Lo repetimos: el que quiera pasar un rato divertido que pase la vista un momento por la prensa de la isla.

TRIBILIN.

VARIEDADES.

ESTATUA DE PASQUIN.

En la esquina de una calle de Roma existe desde tiempo inmemorial una estatua vieja é inútil, en la cual se escriben ó se dibujan todas las burlas, todos los epigramas y todas las amenazas; la estatua lleva el nombre de Pasquin, y es, por decirlo así, la trompeta de los vicios de aquel pueblo.

En tiempo de Carlos V. apareció un dia un cartel pegado al pedestal de la estatua con un grupo de figuras.

La primera representaba al Papa dando la mano al emperador, á quienes sostenia un labrador con esta divisa:

“Yo mantengo á los dos.”

Al lado del emperador estaba un comerciante con esta:

“Yo robo á los tres.”

Al lado del Papa se veia un jurisconsulto con esta:

“Yo engaño á los cuatro.”

Un poco mas abajo se veia un médico con esta:

“Yo mató á los cinco.”

Y descollando sobre todos campeaba un cura con las manos estendidas y esta inscripcion:

“Yo absuelvo á los seis.”

Y aun se asegura que encima del cura campeaba un diablo con esta divisa:

“Yo me llevo á los siete.”

BASES DE LA PUBLICACION.

Consta de 8 páginas de esmerada impresion, con caricaturas, y vé la luz todos los Domingos.—Precios de la suscripcion: \$1 en la Habana y Matanzas cada mes, y en los demás puntos de la Isla \$3.50 por trimestre, adelantados, franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Librerías de CHARLAIN y ABRAIDO, Obis, po 34 y 36.—Papelería la CRUZ VERDE, Mercaderes 29.—Librería de SANS, calle de la Muralla.—Cigarrería la CHARANGA de Villergas, O'Reilly 9½.—Imprenta de la Viuda de BARCINA, Reina 6.—Papelería la PRINCIPAL, Plaza del Vapor 36.—Café el LOUVRE, Calle de S. Rafael.—Imprenta la ANTILLA, Cuba 51, y en la Imprenta del TIEMPO Cuba, 71.

Imprenta del TIEMPO Cuba 71.